

ENSAYO

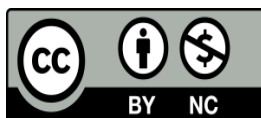
La arpillería como memoria: colores y tejidos de la historia de los feminismos en Chile

Burlap as memory: colors and fabrics from the history of feminism in Chile

Yolanda Susaeta Racero 
ysusaetar@ucsh.cl

Universidad Católica Silva Henríquez (UCSH), Chile

RESUMEN Este ensayo propone la metáfora de la arpillería como clave para narrar la historia de los feminismos en Chile, superando la linealidad de las “olas” y reconociendo su carácter plural, situado y en tensión. A través de un recorrido histórico, se visibilizan las luchas de mujeres obreras, sufragistas, pobladoras y activistas que han bordado resistencias frente a la exclusión, la dictadura y el neoliberalismo. Durante la dictadura, la arpillería se transformó en grito visual de denuncia y memoria, mientras en la transición democrática el movimiento feminista enfrentó procesos de institucionalización que derivaron en silencios, tensiones internas y cooptación. En las últimas décadas, emergen feminismos indígenas, comunitarios, disidentes y transfeministas que amplían los márgenes de lo político, articulando cuerpo-territorio, ancestralidad y justicia. Hitos como el Mayo Feminista de 2018 y el Estallido Social de 2019 reactivan el activismo, visibilizando violencias estructurales y promoviendo transformaciones legales y culturales. El caso Monsalve en 2024, denunciado por violación, expone un nuevo tipo de silencio feminista, no impuesto desde fuera, sino desde el interior del campo político progresista. Este episodio, leído como una “arpillería



Este trabajo está sujeto a una licencia de Atribución-NoComercial 4.0 Internacional (CC BY-NC 4.0).

del desencanto”, revela los límites éticos del feminismo institucional y la urgencia de coherencia política. Así, el artículo concluye que los feminismos chilenos actuales se configuran como una arpillera viva, tejida desde la diferencia, que enfrenta desafíos éticos, políticos y afectivos, y que, como en las canciones de Violeta Parra, transforma el dolor en memoria y el silencio en acción colectiva.

PALABRAS CLAVES Arpillería; Feminismos en Chile; Memoria; Pluralidad; Transformación.

ABSTRACT This essay proposes the metaphor of arpillería as a key to narrating the history of feminisms in Chile, overcoming the linearity of "waves" and recognizing their plural, situated, and tense nature. Through a historical overview, it highlights the struggles of working-class women, suffragists, settler women, and activists who have embodied resistance against exclusion, dictatorship, and neoliberalism. During the dictatorship, arpillería became a visual cry of denunciation and memory, while during the democratic transition, the feminist movement faced processes of institutionalization that led to silence, internal tensions, and co-optation. In recent decades, indigenous, community, dissident, and transfeminist feminisms have emerged that expand the margins of the political, articulating body-territory, ancestry, and justice. Milestones such as the Feminist May of 2018 and the Social Outbreak of 2019 reactivated activism, highlighting structural violence and promoting legal and cultural transformations. The Monsalve case of 2024, accused of rape, exposed a new type of feminist silence, not imposed from outside, but from within the progressive political field. This episode, read as a "sackcloth of disenchantment," reveals the ethical limits of institutional feminism and the urgency of political coherence. Thus, the article concludes that current Chilean feminisms are configured as a living burlap, woven from difference, that faces ethical, political, and emotional challenges, and that, as in Violeta Parra's songs, transforms pain into memory and silence into collective action.

KEYWORDS Burlap; Feminisms in Chile; Memory; Plurality; Transformation.

Introducción

Desde 1968, la metáfora de las “olas del feminismo” ha sido utilizada para describir los ciclos del movimiento feminista, especialmente en contextos occidentales. Sin embargo, esta imagen ha sido cuestionada por su tendencia a homogeneizar y fragmentar la historia en etapas rígidas, reproduciendo un enfoque etnocéntrico centrado en experiencias anglosajonas (Carmen Garrido-Rodríguez 2021). En este marco, la pregunta que orienta este trabajo es: ¿cómo la metáfora de la arpillera permite narrar la historia de los feminismos en Chile desde una perspectiva plural y situada, reconociendo sus tensiones éticas y políticas?

Como alternativa, María Angélica Illanes (2012) propone la metáfora del tejido, y específicamente de la arpillera, para narrar los feminismos chilenos desde lo íntimo, lo colectivo y lo resistente (Jorge Gaete Lagos 2013). Esta imagen permite reconocer la pluralidad y cotidianidad del movimiento, donde figuras como Violeta Parra encarnan una “arpillería viviente” tejida con dolor, belleza y dignidad. En este ensayo se distingue explícitamente entre la arpillera como práctica material —bordados confeccionados en contextos históricos de resistencia— y la arpillera como metáfora analítica, utilizada aquí para narrar la pluralidad y las tensiones de los feminismos chilenos.

En este marco, la metáfora de la arpillera se plantea no únicamente como recurso narrativo, sino como parte de una metodología feminista situada. Las epistemologías feministas, al cuestionar la neutralidad científica y reivindicar los conocimientos encarnados, permiten comprender el bordado y las arpilleras como tecnologías críticas que producen memoria y resistencia. Así, puntadas, nudos y telas se convierten en prácticas investigativas que articulan afectos, materialidades y compromisos ético-políticos, consolidando una epistemología feminista encarnada que transforma lo doméstico en un espacio político y emancipador (Tania Pérez-Bustos 2016; 2019).

Los objetivos de este trabajo son: (1) proponer la metáfora de la arpillera como alternativa narrativa frente a la linealidad de las “olas”; (2) analizar los hitos históricos de los feminismos chilenos en relación con sus silencios, resistencias e institucionalización; y (3) visibilizar las nuevas corrientes feministas como ampliación del campo político contemporáneo. Estos propósitos se sostienen en la comprensión de que los feminismos en Chile constituyen un entramado plural, expresado en la coexistencia de corrientes institucionales, populares, académicas, indígenas, comunitarias, disidentes y transfeministas. Tal diversidad evidencia que el movimiento no se reduce a las coyunturas estatales ni a la institucionalidad, sino que se despliega también en espacios autónomos, territoriales y culturales, donde las mujeres han ejercido participación política activa más allá de los partidos y del Estado.

De este modo, el artículo se diferencia de estudios previos al proponer la arpillera no solo como objeto cultural, sino como metáfora analítica que articula memoria, afectividad y política en un mismo entramado, ofreciendo un marco novedoso para comprender las continuidades y rupturas de los feminismos chilenos en su historicidad plural.

1. Arpillera en silencio: actos comunitarios de resistencia

El primer hilván de esta arpillera metafórica comienza con la mujer obrera, cuya voz se alza en defensa de sus derechos en el espacio público y colectivo. Su lucha, entretejida en el movimiento obrero-campesino de principios del siglo XX, se inscribe en una historia marcada por la invisibilización y subordinación de quienes exigieron el derecho al voto, pero fueron absorbidas por partidos políticos sin autonomía ni voz propia.

En un contexto marcado de silencios forzados, la arpillera como práctica material emerge como acto íntimo de resistencia. Sus bordados, confeccionados en lo doméstico con telas recicladas y tonos apagados —beige, gris, marrón—, expresan una exclusión política no nombrada. Aunque discretos, estos hilos cargan una potencia simbólica profunda. Como telón de fondo, resuena la voz de Violeta Parra en “Qué he sacado con quererte”, encarnando el desencanto de las sufragistas que, tras haberlo entregado todo, fueron usadas, desplazadas y olvidadas.

En los primeros años del siglo XX, se evidencian avances en la inclusión progresiva de la mujer en los ámbitos laboral, cultural y político (Adolfo Pardo 2001). Este proceso involucró principalmente a mujeres de la élite con acceso a educación y poder aristocrático, así como a artesanas de talleres textiles (Edda Gaviola, Ximena Jiles, Lorella Lopresti, y Claudia Rojas 1986).

Entre 1905 y 1908, surgen los primeros movimientos de mujeres con objetivos políticos, impulsados por trabajadoras textiles organizadas en sindicatos. Además de integrar las demandas del movimiento obrero masculino, visibilizan la desigualdad de género, especialmente la brecha salarial que las dejaba con ingresos un cincuenta por ciento menores que los hombres.

En 1915, Amanda Labarca se destaca como pionera feminista y sufragista, fundadora del Círculo de Lectura. Su nombramiento como directora del Liceo Rosario Orrego genera controversia entre sectores conservadores (Robin Morgan 1993), pero su acción pedagógica abre un espacio de reflexión sobre los derechos civiles y políticos de las mujeres.

Desde 1918, se consolidan organizaciones como la Unión Femenina de Chile y el Consejo Nacional de la Mujer, que tejieron redes de acción por el sufragio, el derecho al divorcio, el control de la natalidad y el acceso equitativo al trabajo remunerado.

Pese al activismo creciente, las mujeres en esta época enfrentan fuertes resistencias institucionales. El sufragio se reconoce recién en 1934 para elecciones municipales y en 1949 para presidenciales y parlamentarias, revelando los nudos que obstaculizaban el avance. Este período, conocido como el “silencio feminista”, coincide con la exaltación del rol tradicional de la familia y una caracterización pasiva de las mujeres populares (Kirkwood 1984).

En 1935 surge el Movimiento Pro-Emancipación de la Mujer de Chile (MEMCH), clave en la articulación de clase y género. Sus referentes —Elena Caffarena, Amanda Labarca, María de la Cruz Toledo— bordaron con fuerza los derechos laborales, civiles y reproductivos, a través de La Mujer Nueva. El MEMCH tejió alianzas entre asistencia social y militancia política, en un contexto marcado por el Frente Popular y la polarización ideológica.

A diferencia de las organizaciones católicas conservadoras, el MEMCH y otros movimientos laicos impulsaron con convicción el sufragio universal femenino. Este impulso feminista, organizado, masivo y persistente, fue decisivo para que las mujeres chilenas votaran y se presentaran como candidatas en las elecciones municipales de 1935. Sin embargo, tras conseguir el voto, afloran diferencias ideológicas, religiosas y de clase que, sumadas al quiebre con el Frente Popular, precipitan la disolución del MEMCH en 1953 (Angela Vergara 2021).

En esta misma línea, la Federación Chilena de Instituciones Femeninas (FECHIF), activa entre 1944 y 1949, continúa la articulación feminista desde una lógica integradora. Reúne diversas organizaciones y representantes de distintos partidos políticos, ampliando los derechos civiles y políticos de las mujeres chilenas. Aunque breve, su existencia refuerza el legado del MEMCH, agregando nuevos bordados al tapiz feminista nacional (Memoria Chilena s.f.).

Entre 1955 y 1973, el movimiento feminista experimenta un retroceso, subordinado a la lucha de clases e incorporado en procesos más amplios de liberación social (Kirkwood 1984). Sin embargo, durante los años 60 y el gobierno de la Unidad Popular, el acceso a la educación y las políticas públicas centradas en el bienestar familiar permiten cierta revitalización femenina, especialmente en sectores populares. Los Centros de Madres, aunque conservaban una visión tradicional del rol femenino, funcionaron como espacios organizativos que mantuvieron a las mujeres activas políticamente más allá del ámbito doméstico (Vergara 2021).

En esa época circulan obras que reflexionan sobre la condición femenina, como “La mujer chilena: el aporte femenino al progreso de Chile” (1962) y “La emancipación de la mujer”, de Virginia Vidal (1972). Estos textos sientan las bases discursivas para una conciencia feminista emergente (Gina Inostroza Retamal, Alejandra Brito Peña, Karen Alfaro Monsalve, Raquel Rebolledo y Esperanza Díaz-Cabrera 2022).

2. Arpillera como grito visual: el cuerpo como archivo de resistencia

Desde septiembre de 1973, bajo la dictadura, la arpillera como práctica material dejó de ser un gesto íntimo para convertirse en grito visual. Mujeres pobladoras, sin filiación feminista explícita, bordaron escenas de represión, pobreza y dolor desde lo doméstico, usando materiales reciclados y colores intensos —marrones, grises, rojos y negros—. Sus piezas expresaban duelo, rabia y urgencia, convirtiendo el cuerpo femenino en archivo de resistencia y el bordado en memoria viva que rompía el silencio impuesto por el terror.

En paralelo, la arpillera como metáfora analítica permite interpretar este periodo como un entramado de memorias y resistencias que se inscriben en el cuerpo y en la vida cotidiana. Desde esta perspectiva, cada bordado se entiende no solo como objeto cultural, sino como símbolo de una política del dolor y de la dignidad. Como telón de fondo, resuena la voz de Violeta Parra en “Arriba quemando el sol”, canción que, como una metáfora de arpillera sonora, denuncia la explotación y el sufrimiento de las mujeres del norte chileno.

Durante la dictadura (1973–1990), muchas mujeres fueron subordinadas a través de roles como asesoras del hogar y Centros de Madres, en una lógica de servidumbre colonial (Illanes 2012). En contraste, otras bordaron resistencia buscando verdad y justicia por sus familiares desaparecidos. Sola Sierra destaca como puntada firme en ese tejido de memoria y lucha.

Las mujeres desempeñaron un rol fundamental en la articulación de redes de apoyo y denuncia. En espacios autónomos, semejantes a talleres colectivos de arpilleras, se reunieron para compartir dolores, construir estrategias y bordar justicia. Un ejemplo es la Agrupación de Mujeres Democráticas (AMD), fundada en octubre de 1973. Sus demandas, como hilos tensados en tela rústica, buscaban modificar leyes de matrimonio, resistir la privatización de la economía y cuestionar la Constitución.

En este entramado, la Academia de Humanismo Cristiano acogió al Círculo de Estudios de la Mujer (1979–1983), donde intelectuales como Julieta Kirkwood y Margarita Pisano impulsaron un pensamiento feminista crítico. Desde ese espacio surgieron instituciones clave como el Centro de Estudios de la Mujer (CEM) y La Morada, que bordaron saberes emancipadores en un contexto de censura y represión (Inostroza Retamal, Brito Peña, Alfaro Monsalve, Rebolledo y Díaz-Cabrera 2022).

Paralelamente, en 1983 se refundó el Movimiento Pro-Emancipación de la Mujer de Chile bajo el nombre de MEMCH ‘83, como coordinadora nacional que reunió a diversas organizaciones de mujeres y feministas de izquierda opositoras al régimen dictatorial. Entre sus fundadoras se encontraban las históricas Olga Poblete y Elena Caffarena —referentes del MEMCH de 1935— junto a Julieta Kirkwood, representante del nuevo feminismo nacional (Vergara 2021).

En este contexto, surgieron organizaciones feministas autónomas como el Comité por los Derechos de la Mujer (CODEM), el Movimiento de Mujeres Pobladoras (MO-MUPO) y agrupaciones vinculadas a la Vicaría de la Solidaridad del Arzobispado de Santiago.

El movimiento feminista y de mujeres en Chile, surgido a fines de los años 70, se masificó en los 80, en diálogo con el auge del feminismo latinoamericano. Bórdó hitos memorables como “Hoy y no mañana” (1983) y la marcha del 8M de 1988 con la consigna SOMOS +, que reunió a más de veinticinco mil mujeres. El movimiento feminista durante la dictadura instaló ejes como la lucha contra la violencia hacia las mujeres, la crítica al trabajo doméstico y la defensa de los derechos humanos (Manuel Bastías 2013). Surgió desde múltiples núcleos como familiares de víctimas, agrupaciones populares y colectivos organizados frente a opresiones específicas.

Durante la dictadura, muchas mujeres enfrentaron la represión directa y la violencia político-sexual, mientras otras resistieron desde sus roles familiares. Buscaron a sus seres queridos desaparecidos, fundaron agrupaciones de derechos humanos y sostuvieron a sus familias en medio de la precariedad. Con ollas comunes y talleres productivos, bordaron organización y resistencia cotidiana como arpilleras vivas. Mientras impulsaban estrategias de sobrevivencia y organización territorial, las mujeres también enfrentaron el intento de la dictadura por relegarlas al hogar mediante un modelo de género tradicional, promovido por CEMA Chile. Las organizaciones feministas emergentes respondieron rechazando esta domesticación forzada (Memoria Chilena s.f.).

Durante los años 80, las mujeres chilenas resistieron activamente la dictadura, articulando demandas democráticas con una crítica a las jerarquías patriarcales. Colectivos como el MEMCH bordaron visiones transformadoras, con consignas como “Democracia en el país y en la casa”, desafiando los roles de género y visibilizando el género y el sexo como hilos estructurales de opresión. Desde espacios autónomos como la Casa de la Mujer La Morada, figuras como Margarita Pisano promovieron un feminismo autónomo, crítico del sistema político patriarcal, apostando por una reconstrucción radical desde sus cimientos. Estas experiencias muestran que la participación política femenina no se limitó a partidos ni estructuras estatales, sino que se desplegó en espacios autónomos, territoriales y comunitarios.

Hacia el término de la dictadura, se configuró un periodo complejo marcado por las fuertes protestas desplegadas por los movimientos sociales que no lograron el efecto esperado. Dentro del movimiento de oposición ganó terreno la estrategia de una salida pactada con el régimen, vía plebiscito, lo que implicó una desmovilización importante del pueblo y sus organizaciones. Se abrió así un periodo llamado Transición a la democracia, limitado por las condiciones impuestas por la dictadura.

3. Arpillera entre el duelo y la justicia: bordes del riesgo y la memoria

Durante el periodo posterior a la dictadura, los feminismos chilenos atravesaron un proceso de institucionalización que transformó sus formas de acción y debilitó su potencia crítica. Muchas activistas pasaron de la resistencia autónoma a ocupar cargos en el Estado, ONGs y organismos internacionales, lo que derivó en la integración progresiva de las demandas feministas en el diseño de políticas públicas (Marcela Ríos, Lorena Godoy Catalán y Elizabeth Guerrer Caviedes 2003). Sin embargo, este giro también implicó tensiones internas, cooptación institucional y un “segundo silencio feminista” en los años noventa. Dicho silencio se entiende no como un retroceso teleológico, sino como una categoría crítica que visibiliza las tensiones, la pérdida de potencia transformadora y las condiciones históricas específicas que marcaron la institucionalización del feminismo en Chile y las tensiones entre feminismos institucionales, autónomos, populares, académicos y disidentes.

En el Chile postdictatorial, la arpillera como metáfora analítica persiste como lenguaje visual y político que borda memorias de duelo y justicia frente a la invisibilización de temas como el aborto, la violencia patriarcal y el pacto entre neoliberalismo y género. Al mismo tiempo, la arpillera como práctica material continuó elaborándose en talleres comunitarios con materiales reciclados y colores cargados de simbolismo —negros y grises para el luto, rojos para la urgencia, marrones y beige para la precariedad—, cada pieza se convierte en un grito visual contra el silencio impuesto. Esta estética comunitaria entrelaza dolor, denuncia y esperanza, mientras la voz de Violeta Parra acompaña el tejido con canciones que denuncian la explotación y el abandono de las mujeres desplazadas por la historia oficial.

Figuras como Margarita Pisano, Julieta Kirkwood, Verónica Matus y Diamela Eltit protagonizaron estas disputas desde espacios como La Morada y el Centro de Estudios de la Mujer (CEM). Sin embargo, la falta de diálogo entre feminismos institucionalistas, autonomistas, populares y disidentes derivó en un progresivo debilitamiento del movimiento, desembocando en lo que se denominó el “segundo silencio feminista” durante la década de los noventa (Ríos Tobar, Godoy Catalán y Guerrero Caviedes 2003). Este debilitamiento se entiende aquí como resultado de conflictos internos y tensiones históricas, más que como una etapa regresiva inevitable.

Este fenómeno fue interpretado como una forma de cooptación del movimiento por parte de las instituciones, lo que rebajó su pretensión transformadora de la sociedad en todas sus (Virginia Vargas 2008). La institucionalización implicó un ajuste de las demandas a la agenda de los gobiernos y la invisibilización de temas estructurales, como el aborto. Más que un retroceso teleológico, se trató de un conflicto interno entre autonomía y cooptación, que puso en evidencia los dilemas éticos y políticos del movimiento.

Estas estrategias reforzaban los roles de género tradicionales bajo la orientación del sostenimiento de la familia y la maternidad, sin cuestionar la alianza entre el sistema neoliberal y el patriarcado. Además, el financiamiento internacional de las ONG se promovía desde el norte, con una lógica vertical que respondía a los intereses de la masculinidad y sus instituciones. En contraposición, desde el feminismo institucional se consideraba excluyente y reduccionista esta mirada crítica, lo que intensificó la oposición interna y la disputa por la legitimidad de la agenda feminista.

4. Arpillerías diversas: cuerpo-territorio, ancestralidad y disidencia

Con el surgimiento de los feminismos indígenas, comunitarios, disidentes, migrantes y lésbicos, se visibilizó el silencio sobre disidencias y territorios excluidos. Las arpilleras, como práctica material, comenzaron a bordarse colectivamente, incorporando semillas, hojas, lanas teñidas y textiles mapuches, con colores vibrantes como fucsia, naranja y verde que celebraban la diversidad y la resistencia. Estas piezas bordaban cuerpo-territorio, ancestralidad y disidencia, cuestionando el feminismo blanco y urbano. Como en “Arauco tiene una pena” de Violeta Parra, la arpillera, como metáfora analítica, se volvió gesto de reparación que borda lo silenciado y amplía los márgenes de lo político.

Estas prácticas feministas recientes se despliegan en tensión con lógicas homogeneizantes que han tendido a simplificar la experiencia feminista en un modelo único, urbano y estatal, invisibilizando diferencias de clase, etnia, territorio y disidencia. Enunciar estas lógicas permite clarificar el debate y mostrar que las alternativas desde la justicia transformadora y el enfoque interseccional constituyen respuestas críticas que amplían el prisma interpretativo, situando los feminismos de base en plural como parte de un entramado diverso y complejo.

Estos feminismos recientes y descentrados —indígenas, migrantes, comunitarios, lésbicos y transfeministas— amplían los márgenes de lo político al situar la acción en el cuerpo-territorio, la ancestralidad y la disidencia. Su aporte radica en cuestionar la centralidad del Estado y visibilizar prácticas de resistencia en espacios no partidarios, como talleres comunitarios, redes de cuidado, acciones artísticas y territoriales. De este modo, se complementa la historiografía feminista con una mirada que reconoce la pluralidad y la descentralización de las luchas.

En este tejido de memorias y luchas, desde 2013 los feminismos en Chile fortalecen su trama con protestas masivas que se intensifican en 2016 con el movimiento Ni Una Menos y alcanzan su punto álgido en 2018 durante el Mayo Feminista. Estas manifestaciones, lideradas principalmente por estudiantes feministas y disidencias sexuales, surgen como respuesta al acoso y abuso sexual en instituciones educativas, ampliando la lucha por una educación gratuita hacia una educación no sexista (Contreras 2021).

El movimiento no solo denunció la violencia física contra las mujeres, sino también las múltiples formas de violencia estructural —simbólica, económica, institucional y estatal—, visibilizando la urgencia de políticas públicas efectivas y de una transformación cultural profunda que erradicara el machismo arraigado en la sociedad chilena.

En el contexto de reactivación social, los feminismos retomaron un rol central, valorando su diversidad como una fortaleza clave. El XIV Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe en Uruguay, 2017, reafirmó esta visión, impulsando la integración de los derechos humanos de las mujeres en agendas estatales y civiles, bajo el lema “diversas, pero no dispersas”.

5. Arpillería en marcha: cuerpos que gritan

En el “Mayo Feminista” de 2018 y el Estallido Social de 2019, las arpilleras activistas, como práctica material, se transformaron en grito textil contra la violencia patriarcal y estatal. Con consignas, pañuelos verdes y morados y telas negras, salieron del hogar a las calles como pancartas vivas. El bordado, como metáfora analítica, se volvió cuerpo que exige y transforma el silencio en acción colectiva. Como en “La carta” de Violeta Parra, cada puntada inscribe memoria, denuncia y esperanza compartida.

El “Mayo Feminista” marcó un punto de inflexión en el activismo feminista chileno. Las tomas en más de quince universidades, iniciadas en la Universidad Austral de Valdivia como respuesta a denuncias de abuso sexual, exigieron una educación no sexista. Académicas como María José Cumplido, María Emilia Tijoux y Teresa Valdés destacaron la magnitud de estas movilizaciones, que lograron avances concretos como protocolos contra el acoso, reconocimiento del nombre social para personas trans, unidades de género, y en el plano político, la ley de cuotas y la Bancada Feminista Julieta Kirkwood.

Este proceso inauguró un nuevo ciclo de politización feminista que desafió el modelo democrático y neoliberal, proponiendo una democracia fundada en la justicia de género (Charney y Marshall 2021). El movimiento, impulsado principalmente desde el mundo estudiantil, visibilizó las violencias estructurales en espacios educativos y cotidianos, articulando demandas por lenguaje inclusivo, paridad y ampliación del horizonte político de los feminismos, en diálogo con luchas históricas y contemporáneas.

Otro hito fue el Estallido Social de 2019. El colectivo Las Tesis llevó a cabo el performance “Un violador en tu camino”, que denunció la violencia policial contra las mujeres y fue replicado en múltiples países. Este acto se enlazó con las luchas feministas anteriores y visibilizó las violencias estructurales que afectan a las mujeres (Contreras 2021).

Estos movimientos impulsaron transformaciones importantes, como la promulgación de la Ley 21.369, que regula el acoso sexual, la violencia y la discriminación de género en la educación superior. Esta ley estableció un marco regulatorio nacional y exigió políticas de género integrales en las instituciones educativas.

La irrupción del Covid-19 coincidió con el cierre simbólico del ciclo de protestas iniciado en octubre de 2019, dando paso a una movilización feminista más diversa, descentralizada e interseccional. A pesar de las restricciones sanitarias, el activismo se reconfiguró mediante plataformas digitales, redes solidarias y acciones territoriales, fortaleciendo el autocuidado colectivo y ampliando los horizontes del feminismo crítico como una arpillera en expansión (Fina, Lamadrid, Figueroa Vidal y Loaiza Cárdenas 2022).

En el proceso constituyente de 2021, la participación feminista adquirió gran fuerza, logrando una inédita paridad de género y alta representación de candidaturas profeministas. Las mujeres no solo fueron electas, sino que impulsaron contenidos transformadores como derechos sexuales y reproductivos, justicia territorial y reconocimiento del trabajo de cuidados. Aunque el texto fue rechazado en plebiscito, este momento marcó una histórica incidencia política feminista y dejó abiertas discusiones que siguen nutriendo el debate público y las prácticas colectivas.

6. Arpillera del desencanto: bordar la contradicción

El estallido del caso de Manuel Monsalve en 2024, acusado de violación y abuso sexual por una funcionaria de la misma repartición, expuso un tipo de silencio feminista que no proviene de la censura externa, sino que emerge desde el interior del campo político progresista. Monsalve, ex subsecretario del Interior y militante del Partido Socialista del Gobierno de Gabriel Boric, fue denunciado por hechos ocurridos en septiembre de 2024.

Este momento puede leerse desde la metáfora analítica de la “*arpillería del desencanto*”: fragmentada, introspectiva y bordada con materiales institucionales y colores apagados. No denuncia frontalmente ni educa como en etapas anteriores, sino que expresa la incomodidad de mirar hacia dentro. El negro alude al duelo ético, el gris a la ambigüedad política y el morado apagado a un feminismo silenciado o tardío. Como en “Run Run se fue pa'l norte” de Violeta Parra, este bordado institucional tiembla desde la fisura, evocando abandono y traición.

El caso Monsalve ha visibilizado la violencia machista estructural y la necesidad urgente de abordar la violencia de género en todas las esferas, incluyendo las instituciones gubernamentales. La demora del gobierno en tomar acciones concretas y la percepción de protección al acusado generaron críticas sobre la efectividad de las políticas de género y la verdadera implementación de un feminismo institucional. Las organizaciones feministas utilizaron el caso para reforzar sus demandas de justicia y

protección para las víctimas, así como para exigir cambios estructurales que prevengan la violencia de género.

El silencio inicial de algunas organizaciones feministas generó un debate significativo en Chile, afectando la percepción pública de los movimientos feministas y poniendo en duda su capacidad para actuar de manera transversal y sin sesgos políticos.

Las críticas al caso Monsalve revelan no solo una denuncia puntual, sino también la continuidad de una práctica feminista que exige coherencia política, justicia institucional y transformación cultural. El caso ha puesto el cuerpo del feminismo institucional frente a sus límites, sus lealtades y sus silencios.

En el presente chileno, los feminismos se despliegan como una arpillera en tensión, tejida con hilos que no siempre coinciden, pero que insisten en bordar lo común desde la diferencia. Esta arpillera no se cose con certezas ni se enmarca en moldes únicos, se construye desde territorios diversos, genealogías críticas y memorias encarnadas, enfrentando tanto la cooptación institucional como las exclusiones internas del propio campo feminista. Los desafíos actuales —la justicia transformadora, la educación sexual integral, la descolonización del saber, el reconocimiento de las disidencias y la crítica a la medicalización del trauma— se entrelazan en un tejido que resiste la fragmentación sin negar la pluralidad.

Conclusiones

Este trabajo confirma que la metáfora de la arpillería constituye una alternativa narrativa y metodológica frente a la linealidad de las “olas” del feminismo. Al distinguir entre la arpillera como práctica material —bordados elaborados en contextos de resistencia— y como metáfora analítica, se logra articular memoria, afectividad y política en un entramado que evita lecturas homogéneas y teleológicas. De este modo, la metáfora consolida una epistemología feminista situada y encarnada, capaz de transformar lo doméstico en un espacio político y emancipador, y de proyectar una comprensión crítica de los feminismos chilenos en su diversidad histórica.

El análisis evidencia que los feminismos chilenos han atravesado silencios, resistencias, desencantos e institucionalización, no como retrocesos aislados, sino como parte de una trama histórica continua. La noción de “arpillería del desencanto” revela tensiones éticas y políticas que acompañan al movimiento desde sus orígenes y que se actualizan frente a los límites de la institucionalización y la cooptación, obligando a los feminismos a interrogar sus propios márgenes y a sostener coherencia política.

Asimismo, se visibiliza que los feminismos en Chile se configuran como un entramado plural, donde conviven corrientes institucionales, autónomas, comunitarias, indígenas, disidentes y transfeministas. Esta diversidad amplía los márgenes de lo político y sitúa la participación de las mujeres en espacios no partidarios, territoriales y culturales, reafirmando que la riqueza del movimiento radica en su carácter múltiple y tensionado.

En síntesis, la metáfora de la arpillería ofrece un marco crítico para comprender la historicidad, pluralidad y tensiones internas de los feminismos chilenos, subrayando su potencia transformadora y la necesidad de sostener un feminismo situado, plural y emancipador en el presente.

Agradecimientos

Este trabajo se inscribe en el marco de mi tesis doctoral en el programa *Modelos y Áreas de Investigación en Ciencias Sociales* (2024) de la Universidad Pública del País Vasco, dentro de una línea centrada en violencias sexuales, políticas públicas y Trabajo Social desde perspectivas interseccionales y feminismos latinoamericanos. Agradezco a Estíbaliz de Miguel, mi directora de tesis, por su acompañamiento ético y riguroso, clave en este proceso de memoria situada y en el desafío de tensionar la mirada eurocéntrica. También reconozco la colaboración de Lorena Valenzuela-Vela, cuyo apoyo técnico y metodológico ha sido fundamental. Ambas han contribuido desde una mirada feminista crítica que ha enriquecido el enfoque y la sensibilidad política de este trabajo.

Declaración conflicto de intereses

La autora declara no tener conflicto de interés.

Sobre la autora

YOLANDA SUSAETA RACERO es Doctoranda Modelos y Áreas de Investigación en Ciencias Sociales por la Universidad Pública del País Vasco-EHU (España). Académica Escuela Trabajo Social Universidad Católica Silva Henríquez (UCSH). Correo electrónico: ysusaeatar@ucsh.cl.  <https://orcid.org/0009-0004-8184-9571>

Referencias bibliográficas

- Bastías, Manuel. 2013. *Sociedad civil en dictadura. Relaciones transnacionales, organizaciones y socialización política en Chile*. UAH.
- Charney, John, y Pablo Marshall. 2021. "La Constitución después de octubre: el proceso constituyente frente a la crisis del neoliberalismo." *Revista de Humanidades de Valparaíso* 17: 9–26. <https://doi.org/10.22370/rhv2021iss17pp9-26>.
- Contreras, María José. 2021. "Poniendo los cuerpos en la lucha contra la violencia basada en el género: el Tsunami Feminista en Chile el 2018." *Taller de Letras* 68: 162–180.

- Fina, Débora de, Lamadrid, Silvia, Figueroa Vidal, Francisca y Loaiza Cárdenas, Cecilia. 2022. De la revuelta al encierro: organización, resistencia y solidaridad feminista en Chile en tiempos de pandemia. *Polis* (Santiago), 21(61), 154-180. <https://dx.doi.org/10.32735/s0718-6568/2022-n61-1667>.
- Gaete Lagos, Jorge. 2013. "Nuestra historia violeta. Feminismo social y vidas de mujeres en el siglo XX: una revolución permanente María Angélica Illanes O." *Polis* (Santiago) 12(35): 589–593. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-65682013000200028>.
- Garrido-Rodríguez, Carmen. 2021. "Repensando las olas del feminismo. Una aproximación teórica a la metáfora de las 'olas.'" *Revista de Investigaciones Feministas* 12(2): 483–492.
- Gaviola, Edda, Ximena Jiles, Lorella Lopresti, y Claudia Rojas. 1986. *Queremos votar en las próximas elecciones: historia del movimiento femenino chileno 1913–1952*. Santiago: Centro de Análisis y Difusión de la Condición de la Mujer.
- Illanes, María Angélica. 2012. *Nuestra historia violeta. Feminismo social y vidas de mujeres en el siglo XX: una revolución permanente*. Santiago: LOM.
- Inostroza Retamal, Gina, Alejandra Brito Peña, Karen Alfaro Monsalve, Raquel Rebolledo y Esperanza Díaz-Cabrera. 2022. "Women's History, Gender and Feminisms: Women Making Stories from Southern Chile." *Revista de historia* (Concepción) 29 (2): 10–16. <https://dx.doi.org/10.29393/rh29-17hmid50017>.
- Kirkwood, Julieta. 1984. *Ser política en Chile: las feministas y los partidos*. Santiago: FLACSO.
- Memoria Chilena (Biblioteca Nacional de Chile). s.f. *Antología para una historia del movimiento femenino en Chile*. Santiago: Biblioteca Nacional de Chile. Consultado el 19 de mayo de 2026. <https://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-67286.html>.
- Morgan, Robin. 1993. *Sisterhood Is Global: The International Women's Movement Anthology*. New York: Feminist Press.
- Pardo, Adolfo. 2001. *Historia de la mujer en Chile: la conquista de sus derechos políticos en el siglo XX (1900–1952)*.
- Pérez-Bustos, Tania. 2016. El tejido como conocimiento, el conocimiento como tejido: reflexiones feministas en torno a la agencia de las materialidades. *Revista Colombiana de Sociología*, 39(2), 163–182.
- Pérez-Bustos, Tania. 2019. ¿Puede el bordado (des)tejer la etnografía? Disparidades. *Revista de Antropología*, 74(1), e002d–e002d.
- Ríos Tobar, Marcela, Lorena Godoy Catalán, y Elizabeth Guerrero Caviedes. 2003. *¿Un nuevo silencio feminista? La transformación de un movimiento social en el Chile posdictadura*. Santiago: Ediciones LOM.

- Vargas, Virginia. 2008. "*Participación política de las mujeres en el siglo que comienza.*" Conferencia presentada en ALOP.
- Vergara, Angela. 2021. "Ana Gálvez Comandini (coord.). *Históricas: Movimientos Feministas Y De Mujeres En Chile, 1850-2020*. Santiago, LOM Ediciones, 2021, 172 págs". *Revista De Historia Social Y De Las Mentalidades* 25 (2): 307-10. <https://www.revistas.usach.cl/ojs/index.php/historiasocial/article/view/5026>.